



A1416

13/05/2002

DISCURSO DEL PRESIDENTE DEL GOBIERNO, JOSÉ MARÍA AZNAR, EN EL CONGRESO UNIÓN EUROPEA-AMÉRICA LATINA, ORGANIZADO POR LA COMISIÓN DE EPISCOPADOS DE LA UNIÓN EUROPEA, EL CONSEJO EPISCOPAL LATINOAMERICANO Y LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

San Lorenzo de El Escorial, 13-05-2002

Eminentísimos y excelentísimos señores, señoras y señores,

Me es muy grato dar la bienvenida esta mañana, como Presidente del Gobierno de España y en estos momentos también como Presidente del Consejo de la Unión Europea, en este sitio del Escorial de tan rico significado para España y para ambas orillas del Atlántico.

Permítanme ustedes saludar de un modo muy especial a dos antiguos y muy buenos amigos que veo aquí esta mañana, Patricio Aylwin, ex Presidente de Chile, y Antonio Guterres, ex Primer Ministro de Portugal.

Quiero felicitar por esta convocatoria a la Comisión de Episcopados de la Comunidad Europea, al Consejo Episcopal Latinoamericano y a la Conferencia Episcopal Española. Para España es un honor muy especial acogerles y, por mi parte, quiero agradecer muy especialmente al Cardenal y Arzobispo de Madrid, Antonio María Rouco Varela, su amabilidad al invitarme a participar en estas sesiones.

La presencia de los representantes del Centro y del Este de Europa me parece también digna de mención y de elogio en esta sala. Sus queridos pueblos sufrieron por décadas la opresión del Estado totalitario y ello les impidió, en la primera hora de un acontecimiento verdaderamente histórico, signado por la defensa de las libertades y la recuperación de lo mejor del espíritu europeo, participar en ello desde el comienzo.

Desde esta tierra española situada en el sur de Europa les ratifico que la ampliación es un fin prioritario de la Unión Europea y que pronto empezaremos a soldar esa fractura sentida como tal por ciudadanos de mi país, entre otros muchos habitantes de nuestros Estados. Tengo la convicción de que seremos capaces de culminar la tarea histórica de la reunificación de Europa.

Para un español, Europa e Iberoamérica forman una cultura y una civilización sustancialmente común. Lo son en el orden político, en el jurídico, en el de los valores y lo son, desde luego también, en el orden de las creencias.

Estamos agradecidos de haber servido, de haber sido difusores hacia esa parte del globo de unos valores que pensamos benefician al progreso de la Humanidad: valores como el de la dignidad intangible de la persona, su derecho a la libertad, su igualdad esencial y su responsabilidad y social; sistemas de gobierno que se fundan en el consentimiento de los gobernados expresado en elecciones libres y periódicas, asentado en un régimen de opinión pública sin temores; y, no menos importante, naciones que respeten el imperio de la Ley, que a todos obliga por igual y de cuyo estricto cumplimiento depende el amparo de los menos favorecidos, así como el desarrollo duradero de todos nuestros pueblos.

Todos estos son valores compartidos a uno y otro lado del Océano Atlántico, y por eso resulta perfectamente natural una reunión como la que ustedes celebran hoy aquí. También lo es, y así ha sido recordado, la que dentro de muy pocos días mantendremos en Madrid los Jefes de Estado y de Gobierno de Iberoamérica, el Caribe y la Unión Europea.

Nuestro encuentro tiene como misión consolidar los lazos políticos, económicos y sociales que unen a ambas regiones del planeta. Sin duda, Iberoamérica se encuentra hoy en un momento importante de su historia. Su estabilidad política en el seno de regímenes democráticos está ya extendida a casi todo su territorio. Queremos que la Unión Europea contribuya a hacer más sólida su estabilidad democrática.

Al tiempo, Iberoamérica atraviesa una desigual coyuntura económica, según los países, con Gobiernos distintos que siguen políticas diversas. Visto desde tierra europea, Iberoamérica logra avanzar gradualmente en su conjunto económico y social, aunque no en todos los casos lo hace con la progresión debida.

A comienzos de este siglo ya convinimos casi todos en que el intercambio económico, junto a la cooperación específica, es la clave para sostener el crecimiento y para ampliar el bienestar. Las relaciones comerciales tienen decididamente que ganar la batalla al proteccionismo y, precisamente, nuestra Cumbre se quiere ocupar de incrementar el comercio y las iniciativas empresariales entre Europa e Iberoamérica.

Decimos todos que nuestro tiempo es época de globalización; pero ello, siendo cierto, está lejos de ser una novedad radical para las relaciones entre los americanos y los europeos, a mi juicio. Estoy convencido de que la globalización no es una amenaza. Creo, más bien, que es el espíritu de iniciativa y del ingenio técnico de nuestra civilización. Creo que la globalización es una gran oportunidad y, en consecuencia, no soy nada partidario de albergar temores ante la innovación tecnológica o la expansión de las telecomunicaciones. En el fondo, eso no es más que una actitud retardataria, por más que surja de lícitas preocupaciones ante lo desconocido.

Además de ello, creo que pretender impedirle es vano y, además, también creo que retrasarla es un prejuicio muy grave para los países menos desarrollados, para los menos desfavorecidos.

Toda internacionalización es una fuente de oportunidades y, probablemente, la de este siglo es la mayor fuente de oportunidades que nunca podamos tener. No se conoce el caso de ninguna sociedad humana que haya mejorado por el procedimiento de encerrarse cada vez más en sí misma y por eso soy de los convencidos de que hay que desmontar claramente los proteccionismos, sin conformarse con demoler sólo el más visible de todos ellos que es el proteccionismo económico.

Pero, por fortuna, también la comunicación real entre Europa e Iberoamérica es antigua y muy amplia y alcanza también, como no podía ser de otro modo, a los asuntos religiosos. De ahí la importancia del encuentro que ustedes están manteniendo aquí a lo largo de estos días.

Que vivamos en sociedades donde las creencias religiosas estén en un marco político de nítida separación entre las confesiones y el Estado no quiere decir que uno y otro actúen mutuamente de espaldas. Institución tan prestigiosa como el Consejo de Europa ha renovado recientemente en sus resoluciones a propósito de la lucha por los derechos humanos, recordándonos que la democracia ofrece a las comunidades de creyentes el mejor terreno para la libertad de conciencia y para el ejercicio de la fe. Con parecido enfoque convocamos el Foro Iberoamericano sobre libertad religiosa celebrado aquí, en España, en Toledo, en octubre y en noviembre del año 2000, por iniciativa del Gobierno español.

Por lo que hace a España y a la propia América, el papel protagonista de la Iglesia es un hecho de evidencia incontestable por tradición. Por presencia ideológica, cultural, artística y social, el cristianismo posee sobrados e indiscutibles títulos de grandeza en la historia de estos grupos de países. Otro tanto se puede decir de notorios ámbitos de Europa presentes igualmente en este Congreso.

Esta distinción entre Iglesias y Gobiernos en ningún lugar es tan clara como en la realidad jurídica europea y americana. La separación con colaboración es el principio político y social de nuestra historia común y se puede afirmar, sin dudarlo, que es también el sistema que mejor conecta con los valores simultáneos de la democracia y de la libertad.

Señoras y Señores, el bien común universal es el objetivo expresamente proclamado por ustedes en este Congreso. Para todos ustedes, como para los hombres de bien de Iberoamérica y de Europa, es una meta de civilización que hoy se define preferentemente por la promoción de las libertades, por el respeto a la vida, por la paz como reverso de la Ley del Talión, así como por el esfuerzo político para alcanzar niveles de vida alejados de la pobreza para una gran mayoría de nuestros semejantes.

Ése quiere también ser el compromiso de la Unión Europea y quiere ser también el compromiso de España. Ustedes pueden tener confianza en ello.

Es con esta perspectiva y con estas ideas con las cuales acepté la amable invitación del Cardenal don Antonio María Rouco a participar en este Congreso y a dirigirles a ustedes la palabra. Es, al final, una preocupación activa por el bien común de Europa e Iberoamérica.

Les deseo mucho éxito en su trabajo y muchas gracias.